



IN MEMORIAM
MARCO AURELIO DENEGRI SANTAGADEA
(1938-2018)

JORGE LUIS GODENZI ALEGRE*

Universidad Ricardo Palma

jorge.godenzi@@urp.edu.pe

Ochenta años le alcanzaron a este espigado intelectual para ser fervoroso animador en tertulias culturales televisivas. Fue melómano, articulista, valleólogo, historiógrafo, misántropo, lexicógrafo, sexólogo, bibliógrafo, fundador de revistas, estudioso del cajón peruano, especialista en gallística y fundador de la Asociación de Estudios Humanísticos.

Así era este polígrafo peruano. Refrescante y perspicaz en un ambiente general de pasmosa estrangulación cultural. Sus copiosas actividades de calado investigativo las desplegó con férrea disciplina y modélico esmero. Más que una persona era un reconocido personaje polifacético: ocurrente, dicharachero, espontáneo, lleno de energía gesticulante y de contradicciones; de aspecto quijotesco, pálido y sumamente delgado, con una nariz bulbosa de hidalgo montañés y una mirada abstraída o retadora que se replegaba detrás de unos lentes grandes y gruesos, de orejas de abanico, cual alas robustas de un ángel proletario que había renunciado al vuelo, parecía un protagonista escapado de uno de los cuadros de El Bosco.

Limeño e hijo único del librepensador Julio Ernesto Denegri Cornejo y de una piadosísima madre de ascendencia española, doña Leonor Santagadea Arana; estudio en el le-

gendario Colegio San Andrés y culminó sus estudios de derecho en la Universidad Mayor de San Marcos, posiblemente esa formación lo abasteció de las virtudes de la sencillez y la humildad que lo hacían cercano y accesible, según testimonian sus entrevistados. De formas exquisitas y trato afable, equilibrado, gran conversador, dialogante, que asumía con elegancia las críticas. No flageló el lado ominoso de la condición humana, pero era descomunal al momento de mostrarla tal cual es: saña y mueca, crujido y gracia, avaricia y ruindad; egoísmos, fobias, prejuicios, pulsaciones, voliciones, es decir, el caos y la penumbra que llevamos dentro, sin que faltara una sola partícula.

Por ser como era, a todos fascinaba la voz y presencia de Marco Aurelio Denegri en la televisión, por su interminable suficiencia de obsequiarnos conocimientos y datos certeros, expresados en un límpido y acertado uso del castellano y de un macizo argumentario lógico, sobre tópicos de la ciencia y el humanismo. Este lóbrego mamífero vallejiano dejaba ver periódicamente su exhaustiva memoria de elefante. Era capaz de acordarse de títulos y nombres de autores de las más diversas disciplinas del saber, siempre realizando citas precisas para cada tema que abordaba, dando

la sensación de que estábamos frente a una enciclopedia de dimensiones colosales. Estuvo poblado por la historia de la humanidad cada vez que disertaba. Ofreció sincero testimonio sacrílego de cómo es que estamos hechos para que el telespectador estuviese en condiciones de poder descubrir su páramo existencial. Desierto que nos abrasa y purifica, nos decía, con el habitual bramido con el que hoy lo recordamos.

Apasionado polemista, detractor implacable de la ponzoñosa modernidad y de toda su cochambre televisiva, en la que la banalidad se sobrepone a la trascendencia y la imagen a la razón; y que como consecuencia de esa adición que rechazaba Marco Aurelio Denegri, cada vez que tenía la oportunidad de hacerse oír, pormenorizaba los efectos perniciosos que germina en la complacida y rendida juventud. En este caso, una juventud cuya velocidad y potencia desborda los cauces tradicionales, pero que mansamente cede ante la imagocracia y las redes sociales. Son prótesis tramposas, expresaba Marco Aurelio, porque esa juventud supone que está en permanente contacto con cientos o miles de amigos y sólo se da cuenta de su soledad cuando apaga el teléfono en el dormitorio.

No existe responsabilidad social en esa juventud porque las redes virtuales les proporciona magníficas escapatorias para no afrontarla y son incapaces de experimentar interacciones humanas en profundidad puesto que esa funesta sumisión... *“origina el decaimiento ostensible de varias capacidades: la de abstracción, la discursiva y la simbolizante; además del relegamiento de la lectura y la desincentivación de la reflexión y del ensimismamiento”* (.), decía.

Precisamente, ahora que el idioma tal como lo empleamos está a punto de desaparecer, destruido en las redes sociales por los

nativos digitales, Marco Aurelio Denegri se constituía en un iracundo y receloso corrector del lenguaje. La sintaxis es una facultad del alma, nos manifestaba, recordándonos a Paul Valery; una cuestión moral que tiene que ver con el orden del pensamiento. Y trenzando las piernas y con las manos que subían y bajaban, acariciándose la barbilla manifestaba a sus devotos televidentes, citando a Octavio Paz, que somos monos gramaticales que estructuramos el mundo a través del lenguaje; las personas hablamos porque pensamos, pero también pensamos porque hablamos, y cuando hablamos o escribimos con deficiencia es cuando se abandona al pensamiento, quedándose solo como náufrago existencial, sentenciaba, dejando finalmente caer sobre sus rodillas inverosímiles aquellas fatigadas manos que surcaban los aires.

Se declaraba pesimista, quizás esperando en los rescoldos ya moribundos de la tradición, la que de vez en cuando le arreaba un soplido que le volvía a proporcionar lumbre de nuevo. Y es que Marco Aurelio Denegri, además de ser peregrino de lo Absoluto, además de ser agente de demoliciones, fue la persona que no se dejó envilecer por el endemoniado ranking televisivo, a pesar de la amplia notoriedad que lo acompañaba.

Uno de los controvertibles temas recurrentes que trataba era la sexualidad y el erotismo, asuntos al que le dedicó varios programas y libros. Para Denegri el sexo era objeto de concienzudo estudio que debía de merecer la más seria y diligente de las consideraciones y el mayor de los respetos. Por ello en sus revistas y programas en tanto se ocupaba de la sexualidad, lo hacía con responsabilidad, con seriedad, fundamento y con información detallada que estuvo siempre matizada con interesantes datos y noticias variadas que aumentaban y enriquecían la cultura sexual de sus telespectadores y lectores.

Asimismo, hizo acuciosos comentarios en torno a los dibujos del arte erótico del húngaro Mihály Zichy. Manifestaba Marco Aurelio Denegri que era menester tener que hacerlo en un medio inculto como el nuestro, porque aquí la gente está familiarizada con la pornografía, pero tiene un desconocimiento abismal del arte erótico.

Fueron muchos sus méritos en el ámbito académico y periodístico también; pero fue, sobre todo, un escritor bien dotado, de estilo límpido y vibrante, autor de una copiosísima obra. Los lectores curiosos podrán encontrar muchos títulos disponibles como: “Fascinum” que la fundó y dirigió en la década de los setenta, “¿Y qué fue realmente lo que hizo Onán?” (1996), “Hechos y opiniones acerca de la mujer” (2008), “Cajonística y vallejística” (2009), “Miscelánea humanística” (2010), “Polimatía” (2014), “Mixtiferi” (2017), “Esmórgasbord” (2011), “Obscenidad y Pornografía” (2012), “Poliantea” (2014), “Polimatía” (2014), “Mixtiferi” (2017), “Amor, sexo y matrimonio”, entre otros títulos.

Nuestra universidad está entroncada con la obra de este artista de la palabra (creó in-

numerables neologismos). Su obra “De esto y de aquello” (2006) fue editada y publicada por el Fondo Editorial de la Universidad Ricardo Palma. Es un ejemplar que rebosa pensamientos a través de la palabra muy bien confeccionada y hay pasajes de este libro que iluminan la inteligencia y tocan al corazón.

El último 27 de julio se informó al país de su dolorosa partida a causa de una severa fibrosis pulmonar. Todos quienes le conocimos a través de la televisión, de la radio y de sus obras nos sentimos huérfanos: se nos ha ido alguien que entusiasmó nuestras vidas y que nos practicó numerosas transfusiones de talento, cultura, rebeldía y reflexión.

En este instante, su muerte le da aún más sentido a este modesto homenaje que le tributamos en esta edición de la revista IUS INKARRI a un humanista peruano ecuménico. Y lo siento, porque morir con 80 años es pura ley de vida, pero hay personas como Marco Aurelio que deberían tener una prórroga con la que seguir contribuyendo a hacer más radiantes nuestras vidas.

Sit tibi terra levis.

